



Centro Nacional de Catequesis

Catequesis: para fortalecer la fe en los jóvenes y la familia



Subsidio para la reflexión de las comunidades cristianas con ocasión de la semana y Día Nacional de la Catequesis

Semana de la catequesis: Del 7 al 12 de mayo

Día Nacional de la catequesis: Domingo 13 de mayo

Catequesis: para fortalecer la fe en los jóvenes y la familia

La elección de este lema obedece a una inquietud pastoral de los Obispos de la Conferencia Episcopal, quienes han impulsado un proyecto nacional de pastoral dirigido especialmente a los jóvenes y a las familias. Como fruto del año jubilar, con ocasión de los 375 años del hallazgo de la imagen de Nuestra Señora de los Ángeles, los Obispos han hecho un llamado a las fuerzas vivas de la Iglesia en Costa Rica para redoblar esfuerzos evangelizadores en pro de las familias y sus jóvenes, como núcleos fundamentales de nuestra Iglesia y de nuestra sociedad. En la justificación de dicho proyecto Nacional dicen los Obispos:

La familia está en el corazón de la misión de la Iglesia, por ello queremos reafirmar la identidad de la familia y hacerla consciente de su protagonismo en la configuración de la sociedad costarricense. Como nos recordaba el Papa Juan Pablo II: La familia es una comunidad de personas, la célula social más pequeña, y como tal es una institución fundamental para la vida de toda sociedad. La familia como institución, ¿qué espera de la sociedad? Ante todo que sea reconocida en su identidad y aceptada en su naturaleza de sujeto social (Proyecto pastoral nacional en pro de los jóvenes y las familias, CECOR, 2011).

Siendo fieles a la voluntad de los Obispos, tomamos consciencia del valor de catequizar a las familias, organizando grupos de catequesis con adultos, con invitación especial a los padres de familia. La catequesis en pro de la familia va dirigida a todos sus miembros, incluyendo a los niños y a los jóvenes. Una familia catequizada será siempre educadora de la fe para todos sus miembros. Refiriéndose a los jóvenes nuestros Obispos afirman:

La Iglesia ama y necesita a los jóvenes; y ellos necesitan a la Iglesia cuando buscan y construyen su futuro. Sin duda, debemos fortalecer una acción pastoral con metas claras, capaz de promover la participación y la corresponsabilidad de los jóvenes mismos. Una pastoral juvenil integral que tenga como destinatario al joven en su situación concreta para así, insertarse en todos los aspectos de su vida: educación, trabajo, cultura, afectividad, familia, sociabilidad y fe". Y añaden: "Con dolor, reconocemos el incremento del fenómeno social de la violencia que ha llenado de frustración, sufrimiento y luto a la gran familia costarricense. Particularmente, nos inquieta como muchos jóvenes, por lo general, vinculados a ambientes conflictivos, incurren en comportamientos perjudiciales para sí y para la sociedad. Como Iglesia, desde la catequesis, la pastoral juvenil, la educación católica, la formación religiosa, entre otras instancias; queremos fomentar, apoyar y acompañar

toda acción pastoral en pro de la juventud (Proyecto pastoral nacional en pro de los jóvenes y las familias, CECOR, 2011).

Al efecto, el lema que se ha elegido para la semana y el Día Nacional de la Catequesis, para este año 2012, tiene como marco de reflexión a los jóvenes y a las familias, destinatarias de esta acción primordial de la Iglesia. La catequesis a las familias y a los jóvenes trata de favorecer una progresiva vinculación vital y existencial de las personas con Dios y con Cristo (*metanoia*), en la comunión eclesial (*koinonía*), para ponerse al servicio del mundo (*diakonía*). Estos tres aspectos o dimensiones —teológica, eclesial y diaconal— son elementos integrantes de la finalidad de la catequesis, y se implican entre sí. El cristiano se encuentra con Dios en la Iglesia, cuerpo de Cristo, y en una Iglesia enviada al mundo para anunciar -con palabras y con obras- la salvación de Jesús. La consecución de esta unión vital con Dios se expresa en una confesión de fe adulta y verdadera.

Y solamente en la familia, en comunión con otros ámbitos de la parroquia, se puede alcanzar esta madurez, desde la niñez, pasando por la juventud para llegar a la edad adulta, tanto cronológica como teológicamente hablando. Todo en el ámbito familiar y comunitario. La finalidad específica de la catequesis no consiste únicamente en desarrollar, con la ayuda de Dios, una fe aún inicial, sino también en afianzar y promover en plenitud y alimentar diariamente la vida cristiana de los fieles de todas las edades. Se trata en efecto de que crezca, a nivel de conocimiento y de vida, el germen de la fe sembrado por el Espíritu Santo con el primer anuncio, para proseguir el crecimiento y fortalecimiento de la fe inicial.

La catequesis tiende pues a desarrollar la inteligencia del misterio de Cristo a la luz de la Palabra de Dios, para que el ser humano entero sea impregnado por ella, ya sea niño, joven y adulto. Transformado por la acción de la gracia en nueva criatura, el cristiano se dispone a seguir a Cristo y, en la Iglesia, aprende siempre a pensar mejor como Él, a juzgar como Él, a actuar de acuerdo con sus mandamientos, a esperar como Él nos invita a ello (ver C T 20). Nuestra intención es facilitar la transmisión de todo aquello que pueda ser útil para las **familias** en la educación de la fe en el hogar y para los **párrocos** y **colegios de ideario católico** que desarrollen planes de catequesis orientados a las familias.

La familia y el matrimonio

El Papa Juan Pablo II habló de la esencia de la familia, a las miles de familias que abarrotaban las grandes avenidas del centro de Madrid, el 2 de noviembre de 1982

La familia es la única comunidad en la que todo hombre es amado por sí mismo, por lo que es y no por lo que tiene. La norma fundamental de la comunidad conyugal no es la de la propia utilidad y del propio placer. El otro no es querido por la utilidad o placer que puede procurar: es querido en sí mismo y por sí mismo (Homilía durante la misa para las familias cristianas celebrada en la plaza de Lima, en Madrid, España).

Ahí está, en efecto, el corazón de lo que es la familia: una comunidad de personas en la que cada una es aceptada y querida por lo que es de un modo especial.

Esa realidad humana fundamental se ha convertido en uno de los sacramentos de la gracia de Dios revelada por Jesucristo. En efecto, el matrimonio, la base sobre la que se constituye o fundamenta la familia, es mediación eficaz del amor de Dios a toda la humanidad y, en particular, para el esposo y la esposa, así como para los hijos e hijas. Sabemos bien que san Pablo asimila la relación que el matrimonio cristiano establece entre los esposos a la relación existente entre Cristo y la Iglesia.

En ambos casos, y según su modalidad específica, se trata de una relación de entrega mutua, incondicional y fiel, incluso hasta la muerte. Como Cristo entrega su vida por la Iglesia, así los esposos se entregan su vida el uno al otro de manera incondicional. Por eso se le llama al matrimonio “el gran sacramento” (ver Ef 5, 32). Reciben las energías necesarias para ello de la misma entrega amorosa de Cristo por la Iglesia y la humanidad.

Se puede decir que las relaciones familiares, por la que los cónyuges y los hijos se quieren y acogen por lo que son y no por lo que tienen o por lo que hacen, constituyen un modo específico de participar en la vida del mismo Dios. Porque la vida divina se realiza precisamente en la mutua entrega del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, por la cual el Dios vivo y verdadero es, ni más ni menos, que el Amor creador, absolutamente generoso y gratuito, del que procede y participa todo amor entre los hombres y mujeres.

Siendo esto así, difícilmente se puede imaginar un lugar mejor que la familia para el crecimiento y fortalecimiento en la fe de todos sus miembros y, en particular, para la iniciación y educación de los hijos en la vida cristiana, que es, en buena parte, la catequesis familiar. Los niños y los jóvenes encontrarán en la familia que vive y celebra su fe, el ambiente natural en el que, por así decirlo, experimentarán lo que es el misterio de la gracia de Dios, del amor originario del Padre, del amor liberador y redentor del Hijo y del amor vigorizador e iluminador del Espíritu Santo. Porque la vida misma de la familia es una especie de “icono” de la Santísima Trinidad.

En efecto, de la unión conyugal procede la familia, en la que nacen los nuevos miembros de la sociedad humana. Estos, por la gracia del Espíritu Santo, se convierten en hijos de Dios por el bautismo para perpetuar el pueblo de Dios a través de los siglos. En esta especie de Iglesia doméstica los padres han de ser para sus hijos los primeros anunciadores de la fe con su palabra y con su ejemplo, y han de favorecer la vocación personal de cada uno, con un cuidado especial, la vocación sagrada (Concilio Vaticano II: Lumen Gentium, 11).

La educación de la fe en la familia

En cuanto a la educación de la fe de los niños y de los jóvenes, hemos de decir que siguiendo estas palabras del Concilio Vaticano II, nos recuerdan que la familia no sólo puede y debe transmitir la fe, haciendo posible la vocación de todo cristiano a la santidad, sino que ha de cuidar también la vocación especial que el Señor pueda poner en el corazón de los niños y de los jóvenes.

Por poner un ejemplo: hablamos muchas veces en el seno de nuestras comunidades cristianas, de no hay vocaciones para el sacerdocio, para la vida religiosa y otras de especial consagración. Pero, en realidad, no podemos dudar de que Dios llame siempre a un número suficiente de jóvenes que dediquen especialmente sus vidas a la causa del Evangelio.

Lo que sucede es que esas vocaciones de Dios no encuentran el eco ni el cultivo apropiado ni en la familia, ni en la parroquia, ni en la escuela. Si necesitamos y deseamos más sacerdotes, religiosos y personas consagradas, hemos de quererlos de verdad, es decir, hemos de estar dispuestos a que el Señor los llame de los hijos de nuestras familias y a ayudarles, en este caso, a responder a su vocación.

Y esto solamente es posible desde una buena y adecuada catequesis a las familias, que forme y reafirme en los niños y jóvenes, aquella fe inicial recibida en el sacramento del bautismo y robustecida en el sacramento de la Confirmación y Eucaristía, es decir, los sacramentos de la iniciación cristiana.

Siempre que la fe es vida auténtica, fuente de esperanza y de amor divino, los que disfrutan de ella sienten el impulso casi natural de hacer a otros partícipes de su tesoro. Este es el sentido primario de la catequesis familiar, porque es algo que viene exigido por la misma naturaleza de la fe, que tiende a darse y a propagarse. De ahí brota la obligación moral que los creyentes tenemos de comunicar nuestra fe a los demás.

Si esto es válido para todos los cristianos, lo es de manera específica para los padres de familia. En ellos la obligación y el gozo de la transmisión de la fe, por medio de la catequesis dirigida a la familia, van particularmente unidos. Porque la educación cristiana de los hijos, en especial, la catequesis, no es únicamente una obligación.

Para los padres creyentes es también, y de manera muy significativa, un gran gozo y una de las mayores y más entrañables gratificaciones que reciben como padres. Nadie puede discutir que la experiencia admirable y misteriosa de engendrar una nueva vida, prolongando así la de los progenitores, es la mayor alegría y la más grande satisfacción para cualquier pareja humana normal.

El gozo es aún más grande cuando los padres constatan cómo los hijos van desarrollando todos los diversos y complejos aspectos de su condición humana y que esto les hace felices. Los padres que saben que en Cristo el hombre y la mujer alcanzan su plenitud verdadera, viven como el mayor don, como una oportunidad excepcional, el hecho de hacer lo mejor por los hijos, su condición de transmisores y educadores de la fe. Ello les permite poner, en lo más profundo de la existencia de sus hijos e hijas, los más sólidos fundamentos de la plenitud humana y de la felicidad, sea lo que sea lo que le depara la vida que ellos comienzan a vivir, desde su más tierna infancia.

Al mismo tiempo, disfrutan del gozo inmenso de amarlos con el mismo amor de Dios y compartir con él la ternura, la fortaleza y la paz del amor de Dios que ellos mismos experimentan. La misión de transmisores y educadores en la fe se convierte, entonces, en el ejercicio más alegre, amoroso y apasionante de su condición de padres. Allí está el cometido fundamental como catequistas de sus hijos, ya se traten de niños o de los jóvenes.

Ahora bien, los padres no han de situarse ante sus hijos principalmente como maestros o como catequistas, sino sencillamente como padres. Sus medios de enseñanza no son esquemas, contenidos ni libros. Lo que han de saber comunicar es, ante todo, sus propios valores y creencias, sus convicciones, vivencias y actitudes.

Han de hacerla de modo reflexivo y explícito, en las ocasiones que ofrece el contacto de la vida familiar y también por el testimonio silencioso de una conducta coherente con su fe. Esta tarea de los padres tiene una importancia especial en lo relativo al "despertar religioso" de los niños. Cuando los hijos pequeños van abriendo los ojos a la

vida y descubriendo el mundo que les rodea, han de encontrar al Dios de Jesucristo cercano a su propia existencia.

Sólo los padres a través de las manifestaciones de ternura y protección pueden hacer este servicio fundamental en la educación en la fe. El nombre de Dios, su rostro bondadoso, la gratitud hacia él, la necesidad de su ayuda, se van transmitiendo de padres a hijos con toda naturalidad en la vida de un creyente.

Los padres catequizados: La catequesis de adultos

Ahora bien, no podemos hablar de padres que sean los primeros responsables de la catequesis de los niños y de los jóvenes, como hemos venido diciendo, si ellos mismos, a su vez, no son catequizados. Porque el proceso catequético corre el peligro de asociarse naturalmente a la etapa infantil; al menos así se ha hecho frecuentemente. Pero en los tiempos actuales hay necesidad de impulsar y dar forma a la catequesis de adultos, la forma principal de la catequesis (CT 43), que es el modelo básico de referencia para toda catequesis bien ordenada.

Son los adultos, en efecto, padres y madres de familia, una vez educados en la fe, que han de dar la primera y fundamental instrucción religiosa a los propios hijos en la intimidad de la "iglesia doméstica"; son los adultos quienes pueden dar un testimonio cristiano válido a los jóvenes en el proceso de búsqueda y maduración (Concilio Vaticano II. Apostolicam actuositatem, 12).

Por último, son ellos los que, descubierta la validez de la vocación cristiana enraizada en el bautismo, participarán en la misión salvífica de la Iglesia, como sujetos activos preciosos, tanto en las comunidades eclesiales, como en las realidades temporales de las que son responsables. La catequesis de adultos es el proceso paradigmático en el que los demás deben inspirarse.

La catequesis de adultos ha de ir dirigida a hombres y mujeres capaces de una adhesión responsable, y debe ser considerada como la forma principal de catequesis a la que todas las demás, ciertamente necesarias, de alguna manera se ordenan. Todo creyente tiene que estarse continuamente formando y "reformando". Nunca conocerá lo suficiente a Cristo y a su Evangelio, pues cada vez se debe sentir más llamado a vivir su fe con más claridad.

La catequesis familiar, en especial, la catequesis ocasional

El Papa Juan Pablo II afirma acerca de la catequesis familiar que ésta *"precede, acompaña y enriquece toda otra forma de catequesis"* (C T 68). En efecto, la catequesis familiar precede a cualquier otra forma de catequesis, no sólo porque se realiza previamente y antecede en el tiempo a la catequesis de la parroquia, sino porque la posibilita eficazmente, cuando la familia acompaña el despertar religioso de los más pequeños.

La catequesis familiar acompaña porque, sin suplir ni sustituir la catequesis de la comunidad cristiana o escolar, la complementa adecuadamente. La catequesis familiar enriquece las demás formas de catequesis porque hay aspectos de la educación en la fe, como es, por ejemplo, la personalización, que se enseñan y aprenden mejor en el ámbito personal de la familia. Los objetivos de la catequesis en familia son

El despertar religioso, la iniciación en la oración personal y comunitaria, la educación de la conciencia moral, la iniciación en el sentido del amor humano, del trabajo, de la convivencia y del compromiso en el mundo, dentro de la perspectiva cristiana" (C T 273).

Además del apoyo a la catequesis formal que los hijos reciben normalmente en la parroquia o eventualmente en la escuela, y de la catequesis vital del testimonio, en la vida familiar se presentan también muchas ocasiones que ofrecen la oportunidad de una catequesis ocasional.

Esta catequesis ocasional es especialmente valiosa, pues puede dejar honda huella, ya que suele darse en condiciones óptimas: como consecuencia de una experiencia fuerte (*"Papá, ¿dónde está la abuela, ahora que ha muerto?"*), de una interrogación vital (*"Mamá, ¿de dónde ha venido mi nuevo hermanito?"*), o del proceso inicial de búsqueda de sentido (*"Pero ¿por qué hay tantos chiquitos en el mundo que pasan hambre?"*).

Muchos pasajes del Evangelio nos muestran cómo Jesús aprovecha las situaciones vitales para referirse, por ejemplo, a la providencia del Padre *"no anden preocupados por qué comerán o con qué se vestirán..."*) o a su cercanía, que en ocasiones no percibimos por nuestra falta de fe (la tempestad calmada). Quizá falte esta catequesis ocasional más a causa del activismo de los padres, que no les permite "perder" un momento con los hijos, cuando la ocasión es propicia, porque eso trastorna sus planes, lo que están haciendo.

O acaso sea que preguntas tan comprometidas como las mencionadas son despachadas con rapidez y hasta con cierta frivolidad porque cuestionan e inquietan a quienes las deberían responder con cariño, tacto y paciencia. Los padres cristianos deben estar preparados para responder. Es de vital importancia para sus hijos e hijas. Sería bueno que pensarán de vez en cuando: ¿hemos aprovechado las circunstancias oportunas para una catequesis ocasional con nuestros hijos?

Y no olvidemos la importancia de la oración hecha en común, la participación en los sacramentos, en especial, la Eucaristía, con la participación de todos. Los padres cristianos saben que la oración más típicamente cristiana es la que los discípulos de Cristo hacemos como cuerpo vivo de él, todos juntos, es decir, como Iglesia. Cuando oramos en comunión con la Iglesia oramos en comunión con el Espíritu Santo de Jesucristo es decir, con Dios mismo. Pues bien, la Iglesia expresa su oración en la liturgia y en los sacramentos. La familia cristiana alimenta su fe de la fe de la Iglesia y se convierte de este modo, como dice el Concilio Vaticano II, en un "santuario doméstico de la Iglesia":

La misión de ser la célula primaria y vital de la sociedad, la ha recibido la familia directamente de Dios. Cumplirá, por lo tanto, esta misión, si, mediante el afecto entre sus miembros y la oración hecha a Dios en común, se muestra como un santuario doméstico de la Iglesia; si la familia entera se incorpora al culto litúrgico de la Iglesia (Concilio Vaticano II, Apostolicam Actuositatem, 11).

Solamente de esta forma, la catequesis familiar será capaz de robustecer la vida cristiana de sus miembros, posibilitando su madurez en el ámbito más amplio de la comunidad cristiana, dentro de la cual esta catequesis es primordial e insustituible.



La catequesis familiar debe preceder, acompañar y enriquecer toda otra forma de catequesis. Juan Pablo II



La familia cristiana es el lugar del primer anuncio de la fe a los hijos. Benedicto XVI

La catequesis de los jóvenes

Transcribimos acá, las constataciones y orientaciones al respecto que nos ofrece el Directorio General para la Catequesis:

En términos generales, se ha de observar que la crisis espiritual y cultural, que está afectando al mundo, tiene en las generaciones jóvenes sus primeras víctimas. También es verdad que el esfuerzo por construir una sociedad mejor encuentra en los jóvenes sus mejores esperanzas. Esto debe estimular cada vez más a la Iglesia a realizar con decisión y creatividad el anuncio del Evangelio al mundo juvenil.

A ese respecto, la experiencia muestra que es útil para la catequesis distinguir en esas edades entre pre-adolescencia, adolescencia y juventud, sirviéndose oportunamente de los resultados de la investigación científica y de las condiciones de vida en los distintos países.

En las regiones, consideradas como desarrolladas, se plantea de modo especial el problema de la pre-adolescencia: no se tienen en cuenta suficientemente las dificultades, necesidades y capacidades humanas y espirituales de los preadolescentes, hasta el punto de poder afirmar en relación a ella que es una etapa ignorada.

Actualmente, con frecuencia los catequizandos de esta edad, al recibir el sacramento de la Confirmación, concluyen también el proceso de iniciación sacramental, pero a la vez tiene lugar su alejamiento casi total de la práctica de la fe. Es necesario tomar en cuenta con seriedad este hecho y llevar a cabo una atención pastoral específica, utilizando los medios formativos que proporciona el propio camino de iniciación cristiana.

Respecto a las otras dos categorías, es necesario distinguir la adolescencia de la juventud, aun sabiendo la dificultad de definir de modo claro su significado. De modo global, hablamos aquí de aquella etapa de la vida que precede a la asunción de las responsabilidades propias del adulto.

También la catequesis de jóvenes ha de ser revisada y potenciada profundamente (DGC 181).

Con relación a la importancia de la juventud para la sociedad y para la Iglesia:

La Iglesia, que ve a los jóvenes como "la esperanza", los contempla hoy como "un gran desafío para el futuro de la Iglesia.

El rápido y tumultuoso cambio cultural y social, el crecimiento numérico de jóvenes, el alargamiento de la etapa de la juventud antes de entrar a tomar parte en las responsabilidades de los adultos, la falta de trabajo y en ciertos países las condiciones permanentes de subdesarrollo, las presiones de la sociedad de consumo..., todo ayuda a perfilar el mundo de los jóvenes como el tiempo de espera, a veces de desencanto y de insatisfacción, incluso de angustia y de marginación. El alejamiento de la Iglesia, o al menos la desconfianza hacia ella, está presente en muchos como actitud de fondo. A la vez, en los jóvenes se refleja a menudo la falta de apoyo espiritual y moral de las familias y la precariedad de la catequesis recibida.

Por otro lado, en numerosos jóvenes se descubre una fuerte e impetuosa tendencia a la búsqueda de sentido de la vida, a la solidaridad, al compromiso social, e incluso a la misma experiencia religiosa... (DGC 182).

De aquí se desprenden algunas consecuencias para la catequesis:

Ante todo, el servicio de la fe tiene que estar atento a las luces y las sombras de la condición de la vida de los jóvenes, tal como se dan en las distintas regiones y ambientes.

La propuesta explícita de Cristo al joven del Evangelio es el corazón de la catequesis; propuesta dirigida a todos los jóvenes y a su medida, en la comprensión atenta de sus problemas. En el Evangelio, los jóvenes aparecen de hecho como interlocutores directos de Jesucristo que les revela su "singular riqueza", y que a la vez les compromete en un proyecto de crecimiento personal y comunitario de valor decisivo para la sociedad y la Iglesia.

Por eso no debe verse a los jóvenes sólo como objeto de la catequesis, sino como "sujetos activos, protagonistas de la evangelización y artífices de la renovación social. (DGC 183)

Características de la catequesis para jóvenes:

Por la amplitud de la tarea, corresponde ciertamente a los Directorios catequéticos de las Iglesias particulares y de las Conferencias Episcopales nacionales y regionales especificar, teniendo en cuenta las circunstancias, lo que conviene en cada lugar.

Sin embargo, cabe indicar unas líneas generales comunes:

Se ha de tener presente las diferentes situaciones religiosas: jóvenes no bautizados; jóvenes bautizados que no han realizado el proceso catequético ni completado la iniciación cristiana; jóvenes que atraviesan crisis de fe a veces graves; otros con posibilidades de hacer una opción de fe o que la han hecho y esperan ser ayudados.

No se puede olvidar que resulta provechosa aquella catequesis que se puede llevar a cabo al interior de una pastoral más amplia de preadolescentes, adolescentes y jóvenes, orientada al conjunto de problemas que afectan a sus vidas. A este fin la catequesis debe integrar aspectos tales como el análisis de la situación, la atención a las ciencias humanas y de la educación y la colaboración de los laicos y de los mismos jóvenes. Y son mediaciones útiles para una catequesis eficaz: Una acción de grupo bien orientada, una pertenencia a asociaciones juveniles de carácter educativo, y un acompañamiento personal del joven, en el que destaca la dirección espiritual. (DGC 184)

Entre las diversas formas de catequesis de jóvenes, hay que prever, teniendo en cuenta las situaciones, un catecumenado juvenil en edad escolar; una catequesis que complete y culmine la iniciación cristiana; una catequesis sobre cuestiones específicas; así como encuentros más o menos ocasionales e informales.

En general se ha de proponer a los jóvenes una catequesis con itinerarios nuevos, abiertos a la sensibilidad y a los problemas de esta edad, que son de orden teológico, ético, histórico, social... En particular, deben ocupar un puesto adecuado, la educación para la verdad y la libertad según el Evangelio, la formación de la conciencia, la educación para el amor, el planteamiento vocacional, el compromiso cristiano en la sociedad y la responsabilidad misionera en el mundo.

Con todo hay que poner de relieve, que la evangelización contemporánea de los jóvenes debe adoptar con frecuencia un carácter misionero más que el estrictamente catecumenal. En realidad, la situación exige a menudo que la acción apostólica con los jóvenes sea de índole humanizadora y misionera, como primer paso necesario para que maduren unas disposiciones más favorables a la acción estrictamente catequética. Por tanto, muchas veces en la realidad, será oportuno intensificar la acción precatecumenal al interior de procesos educativos globales.

Una de las dificultades mayores a las que hay que enfrentarte y dar respuesta se refiere a la diferencia de lenguaje (mentalidad, sensibilidad, gustos, estilo,

vocabulario...) entre los jóvenes y la Iglesia (catequesis y catequistas). Vale la pena por eso insistir en la necesidad de una adaptación de la catequesis a los jóvenes, sabiendo traducir a su lenguaje "con paciencia y buen sentido, sin traicionarlo, el mensaje de Jesucristo... (DGC 185)

Entre nosotros no existe propiamente una catequesis específica de los jóvenes, como todo un proceso que los encamine hasta la edad adulta de forma sistemática, sino más bien una catequesis preparatoria al sacramento de la Confirmación, que, no en todos los casos, viene precedida de una catequesis de perseverancia, después de la primera comunión con la catequesis parroquial. De allí que, terminada la recepción del sacramento de la Confirmación, los muchachos simplemente se van... Algunos, no todos, se integran a la Pastoral Juvenil, dejando a esta pastoral específica, en muchos casos, las tareas de la catequesis juvenil.

Por eso, es necesario implantarla en nuestras parroquias, siguiendo los anteriores lineamientos, con objetivos claros, catequistas cualificados, textos y contenidos específicos. Solamente en la medida en que los jóvenes sean sujetos, protagonistas y a la vez destinatarios de esta catequesis específica, podrán fortalecer la fe recibida en la familia y en la parroquia, de tal forma que ésta pueda responder a sus inquietudes más vitales y a la necesidad del seguimiento de Cristo en la Iglesia.

Para llegar a una gran parte de los jóvenes que se encuentran alejados de la vida de la comunidad eclesial, será necesario impulsar una verdadera catequesis misionera en la que los jóvenes creyentes han de asumir una responsabilidad y un protagonismo especiales. Nadie como ellos mismos podrá ofrecer un testimonio vivo del significado que el Evangelio tiene para la sensibilidad, las inquietudes y los problemas de la juventud actual...

Hemos de procurar ofrecer a los jóvenes el conocimiento y, en la medida de lo posible, el contacto personal con testigos de la fe que puedan ser atrayentes por su compromiso de vida al servicio de los demás. Necesitados de modelos concretos de referencia pueden descubrir en ellos el atractivo de una fe vivida con intensidad...

Hemos de favorecer la creación y animación de grupos donde los jóvenes puedan compartir entre ellos sus experiencias de vida cristiana. Y, al mismo tiempo, hemos de trabajar por la incorporación de esos grupos a la comunidad cristiana más amplia, en la que distintas generaciones de creyentes se apoyan y se interpelan mutuamente. Los grupos de jóvenes deben participar activamente en la necesaria renovación de nuestras comunidades cristianas.

Pero, además, es necesario que los jóvenes, bien formados en la fe y arraigados en la oración, se conviertan cada vez más en los apóstoles de la juventud (Pablo VI. Evangelii Nuntiandi, 72).

Entre las debilidades de la fe juvenil que hemos de subsanar, se hace presente, en primer lugar, el déficit de experiencia orante. Iniciar a los jóvenes de manera intensa, sistemática y pedagógica a la oración individual y comunitaria resulta fundamental para su fe. Es preciso ayudarles a pasar de la relación intimista con un Dios que estimula su sensibilidad, a la relación estimuladora con un Dios que interpela su vida entera y motiva su compromiso. En palabras de Monseñor Hugo Barrantes, en su homilía en la Jornada por la Paz, el pasado 6 de enero de este año 2012, los agentes de pastoral y por supuesto, los catequistas, en estrecha unión con la familia, deben de trabajar por los jóvenes:

Introduciéndolos en el conocimiento del misterio de Cristo, proponiendo sin temor un encuentro con Jesús y su seguimiento en la Iglesia, que les garantice la realización de su dignidad, los estimule a formar su personalidad, les proponga una opción de servicio; en definitiva, recordando al joven que no son las ideologías las que salvan el mundo, sino sólo dirigir la mirada al Dios viviente, que es nuestro creador, el garante de nuestra libertad, el garante de lo que es realmente bueno y auténtico.

Esto lo puede lograr una buena catequesis juvenil, que fortalezca su fe y su servicio a la Iglesia, partiendo desde nuestras familias y siendo complementada por la catequesis en nuestras comunidades. Quiera Dios que lo logremos, para que nuestra familia y nuestra juventud crezcan y se nutran del conocimiento del Señor y se inicien en el seguimiento de Cristo.

